

001752

31.06.01
L789
2044

"PROGRAMA UNIVERSITARIO DE
ESTUDIOS DE GENERO" - U.N.A.M.

NOTAS PARA LA CONSTRUCCION DE LAS

S E M A N T I C A S

H O M O S E X U A L E S

Por Xabier Lizarraga Cruchaga.

"Hacer hablar al propio cuerpo, o no hacerlo hablar: emisor de un discurso por medio del gesto, del vestido, del sentido de las conveniencias, el cuerpo sabe también cómo no hablar e interpretar una ausencia."

Danielle Régnier-Bohler.

"...llamar mentirosos a los homosexuales equivaldría a llamar mentirosos a quienes forman parte de la resistencia en un régimen de ocupación militar, o 'prestamistas' a los judíos en la época en que sólo se les permitía ejercer esa profesión." (p.23-24)

El juicio social respecto a la homosexualidad imprime no sólo un carácter a la misma en la sociedad, sino una dinámica de adecuación particular; y por tanto distinta a las dinámicas adoptadas por las mujeres, en tanto que grupo biológico y sexo-genérico. En un contexto sociohistórico heterocentralizado (homófobo), la homosexualidad no puede existir sólo como encuentro de cuerpos en el acceso o la construcción de un placer, sino también como estilos de vida, que implican una constante elaboración de estrategias, en virtud de permitir el acceso a una experiencia diferente a los modelos sociales impuestos como norma, como "naturaleza". El último recurso del heterocentrismo, por tanto, es limitar a la homosexualidad al espacio del silencio (el ámbito de la sumisión); ese espacio privado (más que íntimo), que si no garantiza la soledad (y la inactividad) del desviante social, sí consigue clandestinizar los encuentros. De ahí que el acceso a lo público (el espacio de los encuentros) tienda a realizarse en el ámbito de los secretos.

La imposición del modelo moral de la heterosexualidad obliga a la construcción del llamado *closet homosexual*: la vivencia homosexual clandestina. El individuo homosexual se ve en la necesidad (por lo menos moral) de acceder solapadamente al ejercicio de su sexualidad, mediante la simulación, el engaño, la actuación y la representación de una respetabilidad social.

¿UNA DEFINICION ES UN ESPEJO...?

*

La homosexualidad, al tiempo que es una preferencia sexual erótica, constituye un fenómeno histórico: un fenómeno social y un fenómeno afectivo, un fenómeno cultural. Fenómeno del que se derivan y construyen problemas de muy variada índole, desde epistemológicos hasta morales, desde personales hasta políticos.

--- Tú eres buga... ese, bicicleta... yo soy gay...

Así podría comenzar diciendo el protagonista de un drama: pero tal vez el parlamento no sería entendido por todos --o no sería comprendido de la misma manera--. Para entender lo que realmente deseaba expresar el autor, se requerirían los referentes semánticos de quien escribe. La comprensión, finalmente, depende de las perspectivas semánticas.

De los homosexuales y de la homosexualidad han hablado, casi siempre, aquellos que se toman el derecho a tener la razón y, a partir de sí mismos, ordenan la comprensión de la realidad humana; aquellos que, desde sus particulares semánticas, construyen los cuerpos y las gramáticas de la legalidad, de la salud y de la virtud; aquellos se adjudican la prerrogativa y el monopolio de la verdad; aquellos que sienten que tienen el derecho a la voz, a la palabra --reduciendo, para sí mismos, el uso de la primera persona del singular--: los heterosexuales. Consecuentemente, más que hablado, han decidido, concluido y sentenciado: han definido a "los otros". Sin acceder a un debate, a una discusión, han impuesto su discurso sobre la homosexualidad. Los homosexuales, por ende, nos vemos convertidos en caricaturas, en reflejos de la

opinión y del hablar de quienes nos desconocen e interpretan.

Las definiciones son una herramienta con la que es posible manipular; sirven para modelar, para clasificar y para controlar. Podríamos, de manera metafórica, decir que las definiciones son algo así como un espejo que recoge y reproduce la imagen de aquello que define. Ahora bien, si una definición es un espejo donde uno puede llegar a encontrarse a sí mismo; es un espejo que mueve a que nos identifiquemos con la imagen que de nosotros mismos presenta la definición. Con frecuencia el espejo no es más que un señuelo. A partir de una definición, el individuo tiende a explicarse a sí mismo --o bien, a explicar a otros--, a través de una comparación. Finalmente, una definición no es más que un espejo de doble superficie, que resume los contornos en una perspectiva de opuestos, en un binomio interdependiente, en una diada de valores encontrados, y no pocas veces, enfrentados: *si yo te defino a ti, encuentro mi imagen al otro lado del espejo, limpio de tus máculas; si por el contrario me defino a mí mismo, la otra cara del espejo deberá contenerme, y mostrar cuán diferente eres a mí.*

Danielle Régnier-Bohler en su texto "Ficciones", en el tomo IV de la *Historia de la Vida Privada* (bajo la dirección de Phillippe Ariès y Georges Duby; 1990, Taurus, Buenos Aires), apunta:

"Hay abundantes textos que hacen del espejo un instrumento de edificación, y, si ha de serlo de virtud, cabe la posibilidad, a fin de conjurar el engaño y la duplicidad, de hacerlo doble. Así sucede en Jean de Condé, en el *Dictado del espejo*, donde conviene que el hombre tenga un doble espejo a fin de mirarse en el 'al derecho y al revés'; hay en efecto un espejo 'de

maravillosa especie", que tiene que estar presente noche y día, y cuyo reverso es "oscuro y diverso", espejo de contraste en el que resulta provechoso mirarse, porque puede sacarse provecho de las malas acciones de otro..." (p. 87).

En otras palabras, el "yo" siempre termina por hablar del "otro", tras mirarse en su propio espejo; espejo que le sirve para encerrarse y protegerse, para ver aquello que le gusta de sí. Para conseguir un óptimo resultado, se le ofrece al otro un espejo especial, con la intención de que se comprenda a sí mismo de la misma manera como el dueño del espejo --y de la definición-- lo comprende.

La trampa del espejo está en la posibilidad de que el otro se identifique (caiga, acceda al señuelo) con la imagen que ve en el espejo y use (introyecte) la definición creada por aquel que construyó la definición. Quien proporciona el espejo es, por ende, quien detenta el poder.

* *

Hablar de la homosexualidad implica penetrar en ámbitos discursivos; por lo mismo, mueve a discutir. Ahora bien, los puntos de vista de aquellos que discuten, nacen de sus experiencias o de sus inexperiencias; de ahí que el discurso sobre la homosexualidad, tienda a abrirse como en un abanico, en el que el punto en común es el tema (*la homosexualidad*), pero la resultante es un espectro muy amplio de opiniones. Todo abanico es capaz de expresar (ventilar) una diversidad de puntos de luz y de sombra.

Las definiciones de palabras como "homosexual" y "homosexualidad" --términos acuñados por Benkert, apenas en la

década de los 60's del siglo XIX-- , más allá del nivel puramente etimológico, debieran reflejar la complejidad misma del tema a que hacen referencia; pero por lo general, sólo reflejan apariencias, y van cambiando de significados --por lo menos emocionales-- a medida que sus usuarios les imprimen actitudes, intereses y análisis. Así, mientras que Benferr deseaba limpiar de sentencias bíblicas su discurso, Freud imprimió al suyo los contornos de una mirada psiquiátrica: *el individuo que fue arrancado de Sodoma, se vió tendido en el diván.*

La percepción de la homosexualidad no es ni ha sido la misma en el pasado que en el presente, ni connota lo mismo en un lugar que en otro. Múltiple juego de espejos. La homosexualidad no se ha vivido igual a través del devenir histórico, como tampoco los individuos la viven de la misma forma en un mismo lugar y momento: un cúmulo de vivencias y de perspectivas (distancias experienciales) producen diferencias: *no es lo mismo una experiencia o conducta homosexual que la preferencia homosexual;* aspecto frecuentemente olvidado no sólo por las definiciones, sino incluso por los estudiosos del tema (obsesionados quizás por la rigidez y la estrechez de las definiciones, así como están obsesionados con utilizarse ellos mismos como parámetros).

Si abrimos el primer tomo (A-K) del *Nuevo Diccionario Ilustrado de la Lengua Española de la Enciclopedia Espasa* (publicado en Barcelona en 1930), podemos leer:

"Homosexual... Que tiene el mismo sexo con relación a otro // Que padece el vicio de la homosexualidad.
"Homosexualidad... Fervención sexual respecto a individuos del mismo sexo." (p. 1339)

Por su parte, en el tomo IV (F-Izzo) del *Diccionario Enciclopédico Abreviado Espasa Calpe* (1957, Madrid), leemos:

"Homosexual... Pat. sodomita // Dicese del que busca los placeres sexuales con personas del mismo sexo...
"Homosexualidad... Pat. Calidad de homosexual. Opuesto a heterosexualidad." (p. 867)

Mientras que el *Nuevo Fracti-diccionario Anaya de la Lengua Española* (Editado por la Fundación Cultural Televisa, 1981, México), precisa:

"Homosexual... Dicese de la relación sexual entre personas del mismo sexo //... Persona que tiene relaciones carnales con personas de su mismo sexo, o se siente atraída por ellas.
"Fam. Homosexualidad.
"Ant. Heterosexual." (p. 369)

De 1930 a 1981 (apenas cincuenta y un años), en sólo tres diccionarios encontramos cambios conceptuales e incluso afectivos, aunque realmente no fundamentales, en relación a la homosexualidad. De una u otra forma, cada una de las definiciones deja sentir la marginalidad impuesta a una forma de sexualidad, ya sea como una enfermedad --patología-- (frente a un supuesto estado de salud), como un vicio... o como otra cosa, difícil de precisar; pero siempre opuesta a la "heterosexualidad".

La homosexualidad (y con ello el homosexual --se le llamara como se le llamara en un tiempo y un espacio en concreto: somético, sodomita, uranista, homófilo, sarasa, choto, etc.--) ha sido durante siglos definida, descrita, explicada y evaluada desde y en función de la heterosexualidad; y casi nunca, contemplada como una modalidad de la sexualidad, como expresión de placer y/o comunicación. Se la observa y se la trata desde la perspectiva de una sexualidad centrada en lo genésico. Ha sido comparada, más que

comprendida y explicada por sí misma; y por lo mismo, en relación a la homosexualidad se han construido verdades útiles a un discurso, más que heterosexual, heterocentralizado y homófobo.

Quien describe o define una preferencia sexo-erótica (heterosexualidad, bisexualidad u homosexualidad), suele hacerlo desde sí y desde todo aquello que, quizás por vivirlo (reflejarlo, como el espejo lo refleja a él), considera que es el epicentro y el parámetro de lo que existe. Del mismo modo como se habla de un antropocentrismo, de un etnocentrismo, etc: es necesario que se reconozca que el heterocentrismo permea las definiciones de "homosexual" y "homosexualidad". En consecuencia, tal heterocentrismo impone los cimientos de la gran mayoría de los estudios, ensayos y discursos (morales, legales y médicos) relativos a la homosexualidad.

Incluso en el *Diccionario Enciclopédico Grijalbo* (prologado por Jorge Luis Borges y publicado en Barcelona en 1986), que muestra un giro importante, leemos:

"Homosexual... Se aplica a la persona cuya sexualidad le inclina hacia los de su mismo sexo...
"Homosexualidad... Atracción sexual entre personas del mismo sexo. No parecen existir bases orgánicas o patológicas que la expliquen; al contrario, parece fruto de una elección, anormal frente a la 'normalidad' cultural de la mentalidad tradicional. Presente en el mundo animal, en Grecia y Roma; el hebraísmo y posteriormente el cristianismo persiguieron su práctica como perversa. Modernamente existe una actitud de mayor tolerancia (aunque no comprensión) y han aparecido movimientos reivindicativos, unificados en la Asociación Gay Internacional..." (p. 977)

Definición que intenta limpiar el tinte valorativo (devaluatorio) de algunas de las anteriores definiciones, pero que no se libra del heterocentrismo. Para una rápida comprobación de

lo afirmado, basta acudir a la definición que el mismo diccionario hace del término "heterosexual":

"Heterosexual... se dice de la relación sexual entre miembros de distinto sexo //... se dice de quien sostiene este tipo de relación." (p. 957)

En esta definición no existe alusión alguna a *una inclinación hacia personas de diferente sexo*. Por otra parte, el hecho mismo de que en tal diccionario no se considere necesario definir la palabra "heterosexualidad", apunta claramente hacia el heterocentrismo. En caso de definirla, con actitud y amplitud semejantes a las de la definición de "homosexualidad", el diccionario tendría que precisar que, en relación a la heterosexualidad: "*no parecen existir bases orgánicas o patológicas que la expliquen; al contrario, parece fruto de una elección*"; asimismo debería explicar que la heterosexualidad representa "*la normalidad*" para la "*mentalidad tradicional*", y hacer patente que también es un tipo de sexualidad "*presente en el mundo animal, en Grecia y Roma*"; y, como la misma homosexualidad, en todas las culturas.

No cabe duda de que existe más de un argumento que es posible oponer a estas últimas consideraciones:

--un diccionario no es un tratado en el que se tengan que desarrollar, con amplitud y en profundidad, temas concretos; por lo que no tiene por qué abordarse, en una definición, el problema que plantea el que la heterosexualidad sea considerada "la normalidad",

--para pretender acceder a un conocimiento es necesario tener a un referente; y en este caso lo es la heterosexualidad,

dado que es el tipo de sexualidad a través del cual es posible la reproducción misma de la especie,

--la mayor frecuencia estadística de la heterosexualidad frente a la homosexualidad, coloca a la primera en una situación de predominio y de modelo o referente frente a la segunda.

Sin embargo, ninguna de tales argumentaciones desheterocentraliza el discurso; por el contrario, avalan la heterocentralización. Ninguno de estos puntos de vista, priorizadores de la heterosexualidad, responden a una lógica de la especie, sino al devenir histórico de la heterosexualidad como ejercicio del poder; responden a la historia del heterocentrismo.

Otras preguntas y consideraciones podrían invitar a continuar, quizás hasta el infinito, con la discusión:

a) Como señalara en su momento Serge Moscovici en *Sociedad contra Natura* (Siglo XXI Editores, 1977, México), sólo a partir de la homosexualidad, la heterosexualidad puede acceder a una relevancia social; por lo mismo, cabría no tomar a la heterosexualidad, sino a la homosexualidad como el necesitado referente.

b) ¿Al decir que la heterosexualidad es más frecuente que la homosexualidad, de qué se habla? ¿del número de individuos que se identifican a sí mismos como heterosexuales u homosexuales, o del número de relaciones sexo-eróticas, de uno y otro tipo, que se dan? Tal vez (y sólo, tal vez) son más frecuentes los individuos heterosexuales y más frecuentes las relaciones sexo-eróticas de tipo homosexual --sobre todo si fuera cierto lo que afirman algunas mitologías respecto a una mayor promiscuidad (sic.)

homosexual--. En realidad, el problema no radica en qué es más frecuente, sino en qué se desea, socialmente, que sea lo frecuente y lo visible.

c) La sobrevivencia de la especie ¿sólo depende de la reproducción biológica o también de la producción y reproducción cultural? Ahora bien, antes de pretender responder, hay que apuntar que ser homosexual no es ser estéril y que los heterosexuales no son los únicos productores de cultura (¿es imprescindible recordar una vez más a Sócrates, Leonardo da Vinci y Christopher Marlowe, a Magnus Hirschfeld, Federico García Lorca, Michel Foucault y Francis Bacon?).

La gran mayoría de las definiciones en torno a la sexualidad, en tanto que espejos producidos por la erotofobia heredada de tradiciones mitologizantes de corte judeocristiano, reflejan las premisas heterocentristas que rigen las políticas sexuales de los discursos genésicos hegemónicos.

* * *

A través de una política sexual reproductivista y de una moral fundamentalista, la heterosexualidad se impone y envuelve al individuo; por tanto, también se impone como parámetro. En virtud de tales imposiciones, la heterosexualidad se transviste de "naturaleza social", por lo que no siempre se significa o se vive como una preferencia sexo-erótica. Con frecuencia se reduce a ser un condicionamiento del erotismo: en contadas ocasiones un heterosexual se pregunta *¿por qué soy heterosexual?, ¿qué significa ser heterosexual?, ¿qué implica la heterosexualidad?, ¿cuál es la razón o la causa de la heterosexualidad?* Asumida como

naturaleza social, la heterosexualidad parecería carecer de interés para los mismos heterosexuales; no mueve a preguntas, no inquieta; como si careciera de misterio. Para la gran mayoría de los individuos y de los investigadores, sólo la naturaleza no social (?) parece estimular la curiosidad académica: *por ello, la homosexualidad ha sido objeto de tanta atención por parte de la mirada clínica, de la duda legal, de la inquietud moral.*

En tanto que convertida en y asumida afectivamente como "naturaleza social", la heterosexualidad impone y responde a leyes que emergen de las verdades operativas, temporales, que genera. Desde una mirada teñida por la heterosexualidad, la homosexualidad no es comprendida como una expresión natural, sino vista como desorden antisocial, y por ende, antinatural (*what ever that means*). Las verdades que dan cuerpo a la heterosexualidad como referente de lo natural, limitan la comprensión de la homosexualidad... incluso por parte de la mayoría de los mismos homosexuales: *al mirarse en el espejo, el homosexual no suele verse a sí mismo, sino a un homosexual recreado por el heterocentrismo.*

Cuando se pretende comprender la homosexualidad, a partir de las premisas heterosexuales, ésta se ve necesariamente fragmentada y seriamente deformada. Una homosexualidad ficticia emana de las definiciones y explicaciones heterocentralizadas; de ahí su satanización, su prohibición y su persecución, su existencia patológica y anormal. La óptica misma desde la cual se la contempla y se le define, imprime la fuerza y la dirección de la presión que se ejerce sobre una realidad que se vive como

distante: *si el espejo no refleja lo que se espera (y desea) que refleje, es que deforma la realidad que se necesita que exista. Y si la realidad se ve deformada, se piensa que debe ser reformada... o exterminada.*

La deformación de la homosexualidad, creada por el heterocentrismo de las concepciones, sólo puede producir realidades deformadas desde el punto de vista de la heterosexualidad. No es de extrañar que, basados en que la heterosexualidad es el único tipo de sexualidad inherente a la especie, porque hace posible reproducción biológica de la misma, la homosexualidad se conciba como deformante de la naturaleza sexual humana, y por tanto, se prohíba (oprima-reprima) el ejercicio de tal sexualidad: *en tanto que diferente a la heterosexualidad, si la homosexualidad se convierte en fuerza social, es capaz de general alteraciones (en realidad: alternativas) sociales de organización social.*

La homosexualidad es negada como posibilidad sexo-erótica no sólo por no ser genésica, sino porque atenta contra la concepción heterocentrista de la sociedad, convertida en la naturaleza misma. Naturaleza de la que se pretende (y sólo es posible verlo como pretensión) derivan los roles "masculino" y "femenino". Desde dicha pretensión, no se reconoce que en realidad los roles sexuales son sólo estereotipos conductuales que responden a una dinámica social y, por tanto, temporal de corte heterosexual. Ya Margaret Mead y muchos otros antropólogos han puesto de manifiesto la no universalidad de los roles sexo-genericos. Del mismo modo como no son universales sólo los dos sexo-generos, *masculino* y

femenino (los indios Pueblo y los Navajo, por ejemplo, conciben más), tampoco todas las culturas consideran masculinos o femeninos los mismos comportamientos y atributos (para mayores datos, cabe consultar también, los trabajos de Margaret Mead relativos a los Mundugumor).

Los espejos y definiciones utilizados por la heterosexualidad para aprehender a la homosexualidad resultan no sólo limitantes, sino limitados. A partir del heterocentrismo es imposible comprender a los homosexuales y a la homosexualidad: *el heterocentrismo sólo produce una mitología de la homosexualidad.*

SER Y HACER... ESAS SON LAS RESPUESTAS

*

La homosexualidad, a través de los mitos heterosexuales y de una utilidad socialmente heterocentralizada de la sexualidad, sólo se concibe como "un ejercicio sexo-erótico", desatendiendo sus otras muchas dimensiones y direcciones.

Al respecto Allan P. Bell y Martin S. Weinberg, en su libro *Homosexualidades, Informe Kinsey* (Ed. Debate, Madrid, apuntan:

"...al igual que la heterosexualidad, la homosexualidad abarca más cosas que la simple dirección de las propias preferencias sexuales. Por ejemplo, el grado en que una persona se interesa por los temas sexuales, la frecuencia con que busca el contacto sexual y el número de compañeros sexuales que tenga durante un determinado lapso de tiempo (sic.). Las dimensiones de la homosexualidad que no son exactamente comparables con la experiencia heterosexual, o ni siquiera se presentan en esta última, incluyen otros temas..." (p. 25)

Se ha pretendido definir y explicar la homosexualidad desde una visión que, incluso respecto a la heterosexualidad misma, estereotipa el concepto de "preferencia sexo-erótica": centrándolo (limitándolo) al encuentro sexo-erótico (coito, cópula, búsqueda del orgasmo, etc.), sin acceder a contemplar inquietudes, sentimientos, interrogantes, actitudes, necesidades y los muchos otros aspectos que configuran una preferencia (los estilos de vida). No es de extrañar, en consecuencia, una mitologización de la sexualidad en general, y por tanto, una heteromitologización satanizante de la homosexualidad.

Tampoco cabe esperar una visión panorámica y real de la homosexualidad desde una perspectiva heterosexual, asfixiada por la concepción de roles masculinos y roles femeninos, concebidos

como "activo-masculino-penetrador" y "pasivo-femenino-penetrado". Las preguntas que surgen de tales premisas, tienden a centrarse en la relación sexo-erótica misma, y la concepción de ésta, en un folklore inspirado en el intercurso coital reproductivo. De ahí, que sea frecuente que la homosexualidad sólo se piense como una feminización rólica del hombre (y consecuentemente, en el caso de las lesbianas, de una masculinización). Prueba de ello es que no resulta infrecuente escuchar a un hombre que comenta --con aire triunfalista--:

-- *Me cogí a un puta* --excluyéndose él mismo, en tanto que penetrador, de toda asociación con una conducta (actividad) homosexual.

Los estereotipos masculino y femenino del deber ser heterosexual --frecuentemente son reproducidos por los individuos homosexuales--, no necesariamente responden a la misma dinámica ni a los mismos significados en el contexto homosexual. Por lo mismo, la homosexualidad suele identificarse, desde la mirada heterosexual, como "una inversión"; por lo que resulta sorpresiva, impredecible e incontrolable. Y aquello que socialmente se produce sorpresa y se siente impredecible e incontrolable, suele experimentarse como atemorizante. La inversión de roles rompe con las expectativas rígidas que se tienen, y tal ruptura se significa como amenazante. En relación a esto, Michel Foucault apuntaba en la entrevista que le hiciera James O'Higgins en marzo de 1982 (véase: Steiner, G. y R. Boyers [comp.] *Homosexualidad: literatura y política*, 1985, Alianza Editorial, Madrid:

"...pienso que lo que más perturba a los que no son gays es la forma de vida gay, y no los actos sexuales mismos

(...) yo me refiero al temor a que los gays desarrollen relaciones íntimas y satisfactorias a pesar de que no se ajustan a la idea que los demás tienen de lo que han de ser las relaciones. Lo que muchas personas no pueden tolerar es la posibilidad de que los gays puedan crear tipos de relaciones no previstas hasta ahora." (pp. 34-35)

Los homosexuales, para los discursos heterosexuales, como puede deducirse de las mismas definiciones de los diccionarios, son *individuos que sostienen relaciones sexuales con personas de su mismo sexo*; de donde deriva una percepción y una opinión singularizada de la homosexualidad. Toda estereotipia reduce la diversidad de lo real a una singularidad social. La perspectiva heterocentrista reduce su análisis de la homosexualidad a aquellos actos (caricaturizados), que tienen algún paralelo en la heterosexualidad: *la conquista y el acto sexual*; y ciegos a otros posibles paralelismos, los discursos heterosexistas convierten al homosexual en un individuo cuya vida gira en torno a la experiencia misma del encuentro erótico. Visión que llegan incluso a introyectar, en la autopercepción que tiene de sí, el propio homosexual.

La comprensión de la homosexualidad se banaliza, se restringe a lo aparente o a lo que reproduce la dinámica más pedestre de la heterosexualidad. En la medida en que la misma heterosexualidad no es analizada en sus detalles cotidianos, afectivos y propositivos, la perspectiva heterocentrista se circunscribe a concebir la homosexualidad como "una parodia del acto heterosexual"; con la consecuente estereotipia. Bell y Weimberg, en la obra citada, señalan al respecto:

"La mayoría de los heterosexuales, poco familiarizados con homosexuales adultos, suelen creer que todos los

homosexuales --independientemente de su sexo, raza, edad o status socioeconómico-- afronten su homosexualidad de una misma forma." (p. 25).

Para muchos heterosexuales, resulta prácticamente inimaginable un hombre homosexual que se asume "internacional" (tanto penetrador como penetrado) o "eclectico" (capaz de jugar, tanto con el rol social de "macho" como con el amaneramiento), y mucho menos concebible es la existencia de "homosexuales vírgenes". En este mismo contexto, las lesbianas, o está ausentes, o son también arrastradas por una perspectiva masculinizante de la sexualidad: la lesbina no sólo es invisibilizada (incluso por ella misma), sino que puede ser convertida en objeto de diversión (como lo demuestran no pocos espectáculos nocturnos en las grandes ciudades), sino como objeto de excitación del hombre heterosexual.

De reconocerse que tanto la heterosexualidad como la homosexualidad son parte de la variabilidad y la plasticidad comportamental de la especie *Homo sapiens*, también podríamos reconocer que no deben contemplarse como fenómenos singulares, sino como pluralidades. Los nombres-etiquetas de las preferencias son, finalmente, sólo eso: *denominaciones que pretenden resumir en un término las diversidades de las dinámicas sexo-eróticas a que acceden --y con las que se identifican-- los individuos, en el concierto de una vida social.*

* *

Independientemente de lo que sentencian y reflejen las definiciones, avaladas por esa anatomía y esa coreografía inventada desde la perspectiva no sólo heterosexual, sino heterocentrista, la homosexualidad no sólo es el ejercicio sexo-

erótico entre dos o más individuos del mismo sexo, que coinciden en el tiempo, en el espacio y en formas de acceder al placer; también es un ejercicio social: *un ser-hacer que se retroalimenta e implica construcciones, tanto como descubrimientos y perspectivas.* Como bien apuntó en su momento Michel Foucault, en la ya citada entrevista de D'Higgins:

"...la conciencia homosexual excede la experiencia individual, e incluye la percepción que se pertenece a un grupo social determinado. Eso es un hecho indiscutible que se remonta a la antigüedad. Naturalmente, ese aspecto de su conciencia colectiva cambia en el curso del tiempo y varía según los lugares. Ha adoptado, por ejemplo, según las circunstancias, la forma de conciencia de pertenecer a una especie de sociedad secreta, a una estirpe maldita, o a un sector de la humanidad a la vez privilegiado y perseguido, todo tipo de formas de conciencia colectiva..." (pp. 18-19)

Y en tanto que se genera una conciencia colectiva, en los términos en lo que expresara Foucault, la preferencia homosexual implica una perspectiva, una experiencia y una adecuación al medio ambiente; por lo mismo, es capaz de generar un ejercicio político --consciente o no--, una ética, una estética y una ciencia: un (incluso polimorfo) estilo de vida. En la misma entrevista, Michel Foucault también aborda el tema del "modo de ser homosexual", sin osar concluir nada definitivo:

"...no creo que tenga sentido hablar de un modo de ser homosexual (...) Quizás pueda decirse que hay un 'modo de ser gay' o al menos que existe un intento de recrear un determinado modo de vivir, un tipo de existencia o estilo de vida, que podríamos llamar 'gay'." (Opus cit., p. 23)

Con lo que Foucault no sólo subraya la diversidad al interior de la homosexualidad, sino incluso una pluralidad de identidades homosexuales: *no es lo mismo ser homosexual que ser gay.*

Simplificando, tal vez peligrosamente, podríamos decir que para el homosexual, su identidad se basa, fundamental y casi exclusivamente, en el hecho de que el sexo de la o las personas por las que siente mayor atracción eròtica y/o afectiva, es el mismo que del propio sujeto; mientras que para el gay, a lo anterior se agrega un asumir una dinàmica particular, una perspectiva, accediendo, a través de ello, a la construcción de una cultura, de una mirada: *una relectura de sí mismo, de sus relaciones y de la realidad circundante*. Entre "homosexual" y "gay" es posible encontrar las distancias que se dan entre "las minorías silenciosas" y "las minorías activas".

La homosexualidad existe (y ha existido) en todo grupo social, sea avalada, perseguida o tolerada; de una u otra forma, institucionalizada, inmersa en algún tipo de *status*, sea como forma pedagògica, como fuerza, como modelo, como rareza, como amenaza, como pecado, como delincuencia o como enfermedad (si no es que varios *status* simultàneos). Un gran número de homosexuales asumen dichos *status*, por lo que se ven y se viven a sí mismos en función de tales reconocimientos; mientras que otros, construyen un tipo de comunidad,, generando dinàmicas propias a partir de una perspectiva que emerge, incluso, de una experiencia social histórica de la misma marginalidad social impuesta. Las fuerzas sociales que intentan no sólo inmovilizar, sino silenciar a un sector social, pueden ser transformadas en fuerzas que convierten a la intolerancia en estímulo para la acción: v.g. el Feminismo y las Panteras Negras.

Sólo en aquellas sociedades en que se sanciona, dándole un

Quinto paso:

de la dinámica que se genera, arranca una identidad, conformándose una preferencia homosexual; en la medida en que los individuos se ven orillados a elegir entre una u otra forma de acceder al placer sexo-erótico, requieren de un sistema de autorreconocimiento que permita los encuentros --la bisexualidad deviene de la misma coreografía, cuando no se excluye ninguna de las dos posibilidades de encuentro sexo-erótico--.

Sexto paso:

los individuos que adoptan para sí las relaciones heterosexuales se ven confrontados por la aparición de la identidad homosexual, por lo que buscan distinguirse, diferenciarse; en consecuencia, también adoptan una identidad y construyen su propia preferencia, en oposición a la homosexualidad.

Séptimo paso:

los juicios de valor de la sociedad relativos a la actividad homosexual se dirigen hacia la preferencia, más que a los individuos; por lo que oponen otros valores atribuibles a la heterosexualidad, en su calidad de preferencia sexo-erótica.

Conclusión: los valores sociales atribuidos a la heterosexualidad, sólo aparecen cuando la homosexualidad ha sido ya valorada; la importancia social de la heterosexualidad, y su elevación al rango de "naturaleza" ("naturaleza social"), derivan directamente de la previa existencia y valoración que se hace de la homosexualidad.

* * *

Una vez entronizada la heterosexualidad, social y anímicamente, en su calidad de "naturaleza", se derivan de ella los puntos de fuga heterocentristas de la arquitectura de una homofobia; misma que reproduce, sólo adecuándolas, muchas de las premisas utilizadas en la construcción de la misoginia. Sin ser lo mismo ni determinar idénticas respuestas sociales, homofobia y misoginia se encuentran, se entrecruza e incluso se

status especial en relación a la heterosexualidad, es posible que la práctica de la homosexualidad, más que limitarse al puro y simple acto sexual, devenga en la construcción de "una preferencia sexo-erótica"; una categoría y una noción que genera múltiples dinámicas. Se ahí que la prohibición y/o la persecución muevan, con mayor intensidad, al encuentro de afinidades, y estas, al surgimiento de la conciencia colectiva de la que hablara Foucault.

Ahora bien, en la medida en que un grupo-tipo de individuos construyen una identidad, aquellos que no se identifican con dicho grupo, también construyen su propia conciencia e identidad. Por lo mismo, la heterosexualidad también se construye como preferencia sexo-erótica y social, pero sólo en virtud de la visible existencia socio-erótica de la preferencia homosexual. Como apuntara Serge Moscovici (ya citado), sólo es una aparente paradoja que el referente social de la preferencia heterosexual sea la preferencia homosexual; la geometría coreográfica del fenómeno podríamos resumirla en siete pasos:

Primer paso:

desde la experiencia de un ejercicio heterosexual se descubre la existencia (en otros) de la actividad homosexual.

Segundo paso:

a través de la comparación, se valora (para bien o para mal) la conducta de esos otros (los diferentes), y a partir de ello, se concibe la existencia de un fenómeno: la homosexualidad.

Tercer paso:

la valorización que se hace de lo homosexual deriva en una respuesta, un juicio.

Cuarto paso:

los individuos homosexuales asumen la existencia del juicio y actúan, de una o mil formas, en virtud de ello: creando una dinámica social.

retroalimentan, generando nuevas modalidades de opresión-represión.

En tanto que la misogia nace del falocentrismo y la homofobia del heterocentrismo, se expresan como fuerzas gravitacionales de un discurso y un ejercicio del poder acaparado por el macho heterosexual. Mujer (biología) y homosexualidad (preferencia sexo-erótica) se encuentran en la arena: divertimento circense, víctimas propiciatorias... gladiadores enfrentados, confrontados. La batalla no sólo es propuesta sino dirigida desde lo alto, por lo que no existe posibilidad de triunfo en la contienda. Para el heterocentrismo falocrático, las mujeres y los/las homosexuales son realidades intercambiables, o cuando menos, igualmente aprovechables para el ejercicio de una hegemonía masculina heterosexual.

Las distancias sociales creadas entre los sexos (fundamentalmente en virtud de la estereotipia de roles), alimentan las diferencias entre las preferencias sexo-eróticas, dificultando las alianzas entre los devaluados: un sexo --las mujeres-- y una preferencia --los y las homosexuales--. Las lesbianas llegan a servir, por tanto, de catalizadoras para la contienda, reactivos para la confrontación en la arena.

A partir de que se construyen las preferencias sexo-eróticas, en una tensa dinámica de distanciamientos, y a partir de desencuentros sociales generados por los discursos hegemónicos, las miradas del heterosexual no coinciden con las del homosexual (y viceversa). Sin embargo, el ejercicio del poder, conquistado por la heterosexualidad, llega a adoctrinar a los homosexuales: *el*

homosexual aprende a mirar y a verse a sí mismo heterosexualmente, del mismo modo como las mujeres (por lo menos las heterosexuales) aprendieron a mirar y verse a sí mismas desde la perspectiva masculina; de donde van emergiendo las identidades sexo-políticas (conscientes o no), tanto integristas como contestatarias, subversivas; es decir, tanto el machismo y el hembrismo, como el feminismo y la gayacidad.

La adecuación a la geometría social dominante obliga a los homosexuales, como se analizará con más detalle posteriormente, a la adopción de medidas supervivencia; y entre ellas, una estrategia camaleónica: *el closet*.

De una ilusión de lo aparente, concebido como lo real, esa última estrategia de sobrevivencia (el ocultamiento: *closet*) ha generado aún más deformadas interpretaciones de la homosexualidad: las fáciles conclusiones a que a veces llegara Freud son, quizás, un claro ejemplo. A este respecto, en la multitudada entrevista de James O'Higgins a Michel Foucault, el primero le plantea a su entrevistado:

"Freud sostuvo en 'Psicogénesis de un caso de histeria en una mujer' que todos los homosexuales son mentirosos. No es necesario tomar esa afirmación en serio para preguntarnos si no existe en la homosexualidad una tendencia al disimulo que habría conducido a Freud a hacerla. Si sustituimos el término 'mentira' por términos tales como *metáfora* o *alusión*, ¿no nos aproximamos al núcleo del modo de ser homosexual?" (p. 23)

A lo que Foucault, no puede menos que discutir el valor y la importancia de esa necesidad de reducir la homosexualidad a "un modo de ser" (como ya se apuntó en líneas anteriores), para concluir desenmascarando la superficialidad del supuesto: